

## THANATOPSIS

by William Cullen Bryant

To him who in the love of nature holds Communion with her visible forms, she speaks a various language; for his gayer hours She has a voice of gladness, and a smile and eloquence of beauty; and she glides into his darker musings, with a mild and healing sympathy that steals away their sharpness ere he is aware. When thoughts of the last bitter hour come like a blight Over thy spirit, and sad images of the stern agony, and shroud, and pall, And breathless darkness, and the narrow house, make thee to shudder, and grow sick at heart;-- Go forth, under the open sky, and list To Nature's teachings, while from all around-- Earth and her waters, and the depths of air-- Comes a still voice. Yet a few days, and thee the all-beholding sun shall see no more In all his course; nor yet in the cold ground, Where thy pale form was laid, with many tears, Nor in the embrace of ocean, shall exist thy image. Earth, that nourished thee, shall claim Thy growth, to be resolved to earth again, and, lost each human trace, surrendering up thine individual being, shalt thou go to mix forever with the elements, to be a brother to the insensible rock and to the sluggish clod, which the rude swain turns with his share, and treads upon. The oak Shall send his roots abroad, and pierce thy mold.

Yet not to thine eternal resting-place shalt thou retire alone, nor couldst thou wish couch more magnificent. Thou shalt lie down with patriarchs of the infant world -- with kings, the powerful of the earth -- the wise, the good, fair forms, and hoary seers of ages past, all in one mighty sepulchre. The hills rock-ribbed and ancient as the sun, -- the vales stretching in pensive quietness between; the venerable woods -- rivers that move in majesty, and the complaining brooks that make the meadows green; and, poured round all, old Ocean's gray and melancholy waste,-- are but the solemn decorations all of the great tomb of man. The golden sun, the planets, all the infinite host of heaven, are shining on the sad abodes of death through the still lapse of ages. All that tread the globe are but a handful to the tribes that slumber in its bosom. -- Take the wings of morning, pierce the Barcan wilderness, or lose thyself in the continuous woods where rolls the Oregon, and hears no sound, save his own dashings -- yet the dead are there: And millions in those solitudes, since first the flight of years began, have laid them down in their last sleep -- the dead reign there alone.

So shalt thou rest -- and what if thou withdraw in silence from the living, and no friend take note of thy departure? All that breathe will share thy destiny. The gay will laugh when thou art gone, the solemn brood of care plod on, and each one as before will chase his favorite phantom; yet all these shall leave their mirth and their employments, and shall come and make their bed with thee. As the long train of ages glides away, the sons of men-- the youth in life's fresh spring, and he who goes in the full strength of years, matron and maid, the speechless babe, and the gray-headed man-- shall one by one be gathered to thy side, by those, who in their turn, shall follow them.

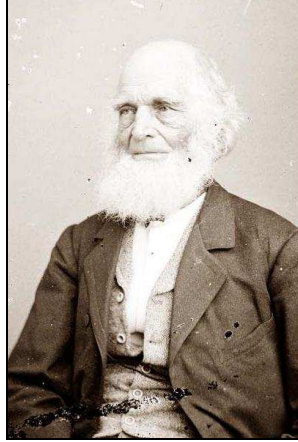
So live, that when thy summons comes to join the innumerable caravan, which moves to that mysterious realm, where each shall take his chamber in the silent halls of death, thou go not, like the quarry-slave at night, scourged to his dungeon, but, sustained and soothed by an unflinching trust, approach thy grave like one who wraps the drapery of his couch about him, and lies down to pleasant dreams.

"Thanatopsis" se reproduce en Yale Book of American Verse Ed. Thomas R. Lounsbury. Thomas R. Lounsbury. New Haven: Yale University Press, 1912. New Haven: Yale University Press, 1912.

## TANATOPSIS

Por William Cullen Bryant

A él, que está en comunión con la tierra de la Naturaleza, quien con sus formas visibles habla en varios idiomas, que en sus horas alegres, tiene voz de alegría y una sonrisa y elocuente belleza y se desliza en sus meditaciones más oscuras con una apacibilidad y simpatía de curación que lleva lejos su agudeza de que está sabedora. Cuando los pensamientos de la última hora amarga vengan a quemar tu espíritu e imágenes tristes de agonía dura y mortaja y sudario de oscuridad jadeante y manga estrecha, hechura que estremece y crece enfermo el corazón, va adelante bajo el cielo abierto y listo para las enseñanzas de la naturaleza, mientras, desde todo alrededor, la tierra y sus aguas y las profundidades del aire, viene una voz tranquila. Todavía unos días y tu, el sol, que todo lo mira, no verás más en todo su curso; ni aún en la tierra fría, donde yacen formas pálidas, con muchas lágrimas, ni en el abrazo del océano existirá su crecimiento, para que seas devuelto de nuevo hasta la tierra, y perdido todo rastro humano, regreses a tu ser individual que se va a mezclar para siempre con los elementos, para ser un hermano hasta con la insensible piedra y hasta con el terrón flojo, que el zagal rudo vuelve a apretar, y se junte con ella. El roble envía sus raíces más allá, y perfora tu humanidad.



Aún no descansas en el lugar de eterno descansos, al cual te retiras solo, ni desearías diván más excelso. Yaces con los patriarcas del mundo infantil, con reyes, con el poderoso de la tierra, el sabio, el bueno, los justos y los videntes, todos en un sepulcro poderoso. Las colinas de piedra, rebordeadas y ancianas como el sol, estrechándose entre los valles en quietud pensativa; el bosque venerable, los ríos que se mueven majestuosos y los arroyos se quejan de los prados verdes; y, vertidos todo alrededor, los océanos antiguos envejecen y se hacen melancólicos y no son sino las decoraciones solemnes todas, de la gran tumba del hombre. El dorado sol, los planetas, toda la magnitud del infinito cielo, están brillando en las moradas tristes de la muerte, aún a través del transcurrir de los años. Toda esa parte del globo, no es sino un puñado de tribus que se aletargan en su pecho. Toma las alas de la mañana, sepulta al salvaje desnudo, o lo pierde en el bosque continuo donde corre el Oregon y no se oye sonido, y protege su propiedad; aún está allí la muerte y millones de esas soledades, desde los primeros en que empezó el vuelo de los años, los ha puesto bajo su último sueño; la muerte reina allí sola.

Así que descansa, y ¿qué si te retiras en silencio del viviente, y ningún amigo nota tu partida? Todo eso se respira cuando tu arte se va, la respiración se mueve solemne y con cuidado y lenta, y cada uno como antes, cazará su fantasma favorito; aún todos estos dejarán su alegría y sus trabajos, y vendrán y tendrán una cama contigo. Como el largo tren de los años se desliza alejándose, los hijos de los hombres, en la juventud de la primavera verde de la vida, y el que va en la fuerza plena de los años, la matrona y la sirvienta, el bebé que aún no habla, y el hombre de la cabeza gris, deberán ser llevados uno por uno a tu lado, por aquellos quienes a su vez los seguirán.

Así que vive, que cuando su cita venga a unirse a la innumerable caravana que mueve a ese reino misterioso, donde cada uno irá tomará su sitio en los silenciosos salones de la muerte, no irás como el esclavo de la cantera en la noche, tirado en su calabozo, sino, sostenido y aliviado por una confianza resuelta, acomodado en la tumba, como quien se envuelve en las cobijas de su cama alrededor de él, y yace en agradables sueños.

Traducción y adaptación: Rafael Agüero Cabrera